

A BUENAS HORAS

La Conferencia Episcopal parece que encuentra especiales dificultades en redactar un documento sobre el terrorismo. A pesar de que el cardenal Rouco Varela ya anunció hace un año la preparación de este necesario pronunciamiento, a día de hoy sólo existe un borrador que ni siquiera es conocido por la mayoría de los prelados españoles. Hay que decir en favor del presidente de su máximo órgano de gobierno, que ha reiterado en diversas ocasiones el carácter prioritario y urgente de una manifestación pública sobre tan lacerante tema, sin que al parecer le haya sido posible acelerar su confección y debate en el seno de la docta asamblea. Los motivos de esta preocupante demora estriban, según es obvio, en la fuerte división reinante entre sus ilustrísimas a la hora de adoptar una posición común que refleje con claridad su rechazo de la violencia como instrumento de acción política.

Aunque el problema viene de mucho más lejos, su agudización más reciente procede de la pastoral de los obispos vascos, dada a conocer el pasado mayo, en la que, envuelta en una condena retórica de ETA, se suministraba a los fieles y a la ciudadanía en general una mercancía bastante averiada compuesta de ambigüedad calculada, sibilantes llamadas al diálogo y reservas indisimuladas respecto a la ilegalización de Batasuna. La indignación generada en todas las personas decentes por aquel monumento a la equidistancia entre asesinos y víctimas, doblemente doloroso al haber sido levantado por pastores de almas de los que se espera un compromiso inequívoco con los perseguidos y los torturados, suscitó la natural alarma en la cúpula de la jerarquía eclesiástica, llegando incluso el oleaje al mismo Vaticano. Hay que señalar con el fin de dejar bien clara la notoria mala fe de los titulares de las sedes de San Sebastián, Vitoria y Bilbao, que seis meses antes de su malhadada carta la Conferencia Episcopal había aprobado un plan pastoral titulado *Una Iglesia Esperanzada* en el que se señalaba la urgencia de presentar una enérgica condena del terrorismo. El hecho de adelantarse a esta iniciativa conjunta demuestra por si solo la calidad moral del trío que rige las diócesis del País Vasco.

Ahora los obispos observan alarmados un significativo descenso de las aportaciones de los católicos al sostenimiento de su religión en sus declaraciones de renta y en sus donativos a partir de aquella tormentosa polémica y de la negativa, tanto de Roma como del Arzobispo de Madrid, a desautorizar a los autores de la pifia filoabertzale. Es de esperar que no sea ese el acicate para dar por fin a la luz una repulsa contundente a la barbarie criminal de ETA, porque si así fuese es probable que la recaudación se reduzca aún mucho más. Ha llegado el momento de que nuestros mitrados espabilen si no desean oír de su rebaño un clamor que se resuma en el conocido dicho "A buenas horas, mangas púrpura".

Aleix Vidal-Quadras